

EL LIBRO DEL DÍA DEL LIBRO

SOYUNO MASAKI



le lapin cannibale



EL LIBRO DEL DÍA DEL LIBRO

Soyuno Masaki

Capítulo 1

Faltaba poco para regresar de nuevo a los alocados años veinte. En el 2016 Barcelona ya no era la ciudad pujante en el arco de las urbes más cosmopolitas y chics del mercado turístico, sino una realidad publicitaria que daba gusto verla. Sus amplias avenidas, repletas de cafeterías que recreaban primorosamente el ideal de café romántico, o las tiendas de moda con las marcas más emblemáticas del lujo y la modernidad, eran signo evidente de que aquello tiraba más que la campana de un churrero. Que en la tienda de Verchachi no entrara ni dios era lo de menos. La marca vendía diez vestidos en su local a pijas ricas y doscientas mil colonias online a pijas pobres, lo que evidenciaba el triunfo del marketing sobre el arte conceptual. La tramoya de aquel bonito escenario sólo se apreciaba, sin embargo, en el despacho del alcalde Rías, cuyo apellido contradecía el semblante grave que hoy mostraba. Ahí se respiraba la tensión a capazos, consciente todo el personal, convocado a una reunión de urgencia esa misma mañana, que la situación era tan difícil como insostenible. Con las últimas previsiones de la app que se habían descargado para ahorrar personal en el departamento de finanzas, se constataba el poco tiempo que restaba para mantener ese nivel de gasto. La predicción informática auguraba que en dos meses habría que recortar el treinta por ciento de las partidas en áreas básicas de la ciudad. Como primera medida, el programa sugería no abrir la misma zanja más de quince veces en un mes. Una idea muy bonita sobre la mesa pero luego, cuando intentaban coordinar a las compañías de agua y luz, éstas respondían diciendo que hasta los niños saben que mezclar agua y electricidad es peligroso, que a ver si ahora querían hacer el trabajo de los operarios y todo eso. Otra forma sugerida de ahorro consistía en no cambiar las farolas de la ciudad cuando se fundiera la bombilla, pero Troyanet, que así se llamaba el software, desconocía que sale

más barato cambiar una farola que montar todo el triquitraque de subir al operario con la jodida bombilla, que siempre se le caía cuatro veces y además no enroscaba debidamente. Tampoco sabía que con cada pedido de una nueva farola la empresa regalaba tres sartenes y una camiseta del Barça, que para lotes navideños iba muy bien. Ahorrar por ahí era imposible, a no ser que se volvieran locos del todo y les diera por suprimir una tradición tan bonita y necesaria como el cruceo consistorial por el mediterráneo. Sin embargo, el alcalde había acudido a esa reunión con los deberes hechos. Tenía una idea con la que pensaba impresionar al personal. La mayoría ignoraba que dentro de ese bello y armónico cráneo se agazapaba un cerebro portentoso, no sólo capaz de argumentar cualquier política de su partido con las estadísticas más sesgadas y disparatadas, sino de aportar ideas frescas e innovadoras capaces de sacarles de aquel oscuro y lluvioso lunes en el que llevaban meses instalados.

Con estudiada gestualidad, el alcalde extrajo un pendrive de su bolsillo y lo introdujo en el proyector multimedia que reposaba en el centro de la mesa. La luz de la habitación descendió gradualmente mientras unas bonitas imágenes se proyectaban en la pared del fondo, al son de una positiva música que daban ganas de abrir una cerveza ahí mismo. En esencia, el discurso proponía una normativa que beneficiaba a los comercios que expendieran bienes culturales, como cines, teatros y museos, con importantes rebajas fiscales para compensar el perjudicial aumento del iva que gravaba especialmente este tipo de negocios. El argumento del vídeo era muy complicado, con crípticas referencias al nuevo cine polaco. Nadie entendía bien, por ejemplo, qué relación tenía la madre del protagonista con aquella troupe de malabaristas en la escena de sexo grupal, pero todos callaron porque estaba muy bien resuelta. Por supuesto, a los presentes les pareció que rebajar la presión

fiscal disminuiría la recaudación, acrecentando el problema económico de la ciudad, pero como eso resultaba demasiado obvio un discreto silencio acompañó el final de la exposición. Por otro lado, la celebración de aquella reunión no pretendía recabar el apoyo de los diferentes grupos para la aprobación del plan; el alcalde llevaba siempre consigo el voto delegado de treinta miembros del consistorio que nadie había visto nunca, y que "respaldaban" todas sus propuestas, así que ni se molestaron en opinar. Le daban la razón y punto.

El resultado de todo aquello fue la inmediata aplicación de esa ley en un bando municipal que, excepcionalmente y con motivo del centenario de la corneta rural, se emitió como se hacía antiguamente, propagando la noticia mediante voceros por todos los barrios durante dos días, y sus noches, hasta que los vecinos de un bloque atraparon a uno y le metieron la corneta por el culo.

En las semanas siguientes los analistas del Ayuntamiento comenzaron a observar cambios significativos en las actividades de los espacios culturales. La gente iba más al cine y al teatro porque los precios se habían podido rebajar, aunque también se produjo un hecho sorprendente. Fue un cambio sutil, al principio, que gradualmente se extendió por toda la ciudad. La cosa comenzó cuando a un tendero se le ocurrió que si las galerías de arte pagaban una mínima fracción de IBI y otros impuestos municipales, gracias a su relación con la cultura, él también podría beneficiarse con una pequeña argucia. Ni corto ni perezoso, comenzó a vender indirectamente sus artículos, cobrando no el producto en sí, sino una minúscula cuartilla que adjuntaba como si fuera una obra de arte autógrafa, en realidad un miserable garabato que pergeñaba ahí mismo ante el atónito cliente, que aceptaba encantado al comprobar una rebaja en su compra. El asunto, en fin, fue cobrando relevancia, y al ca-

bo de poco tiempo eran mayoría los negocios que utilizaban esa treta para beneficiarse de la última locura consistorial. ¿Era realmente una locura? En la astuta mente del alcalde todo parecía desarrollarse según el plan previsto.

A partir de ese momento, charcuterías, ferreterías, panaderías, etc., vendían una poesía o un libro de dos páginas y de regalo la cinta aislante o lo que fuera que el cliente hubiera ido a comprar. En las pizarras de los mejores bares podían leerse cosas como "libro del día: rima de bonito con pimientos" o "los mejores esPárrafos trigueros". Las pastelerías lo tenían muy fácil con los mil hojas. Colocaban una letra minúscula aquí y allá y lo vendían como arte comestible. De hecho, estaba ampliamente aceptado que la cocina actual era algo más que comida. La mitad de los platos que uno encontraba en los restaurantes eran filigranas dignas de una galería moderna. Así que, ¿por qué no considerar que un timbal multicolor de verduras y marisco, circunvalado por estilizadas líneas de sabrosas salsas, era realmente arte efímero? La estrategia se extendió incluso a los hospitales, que astutamente decidieron reconvertir sus recintos en escenarios de series médicas, tipo "Hospital Central", donde los médicos y el resto del personal sanitario se interpretaban a sí mismos. Lo que hacían entonces era cobrar por sus servicios artísticos, no médicos, ahorrándose ingentes cantidades de dinero.

El ayuntamiento decidió entonces matizar la ley, y dispuso que los bienes culturales deberían dispensarlos trabajadores cualificados y venga, todo el mundo a estudiar a los clásicos, lo que no sólo elevó notablemente el nivel de las conversaciones, sino que introdujo de nuevo la figura del mentor académico, que se volvió una personalidad de lo más solicitada en toda clase de lugares, incluso en interrogatorios policiales. Dos meses más tarde la ciudad se había convertido en un lugar que provocaba el pasmo en el turis-

ta desprevenido, que de repente entraba en un supermercado a buscar el picnic y se encontraba un happening literario en el pasillo de lácteos. Sorpresivamente, las actividades culturales habían adquirido entidad propia. Los comerciantes ya no sólo expendían arte con fines económicos, sino que la producían con auténtico placer, como evidenciaba la nueva política de empresa de Travis Murray, propietario de un Bingo en el centro, que pasó de cantar los números acompañado de un ukelele a organizar zarzuelas entre cartón y cartón, que al final convirtieron el local en uno de los actuales referentes del music hall castizo y a sus trabajadoras en las Travis-tías.

Por tanto, de soslayar el abusivo impuesto en la propia actividad empresarial, se había pasado a una nueva forma de entender la vida. La ciudad despertó un buen día con una visión distinta de sí misma, preciosa y llena de matices, que impregnaba cada rincón con un espíritu romántico y curioso. Los habitantes de Barcelona habían descubierto nuevas inquietudes y eso, en definitiva, era lo que pretendía su inteligente alcalde: crear una ciudad más culta y sabia, más amante de la belleza y menos del bien material. Paralelamente, la degradación fue desapareciendo de las calles. Al disminuir el vandalismo urbano, las arcas de la ciudad comenzaron a experimentar una mejoría, retroalimentada por una bonificación de las aseguradoras. También se incrementaron los ingresos de los parquímetros porque la gente se quedaba absorta en sus procesos creativos y se olvidaba de renovar el ticket. Todo estaba limpio, los mendigos recitaban a Rilke y las putas leían poemas de Neruda entre cliente y cliente, que ahora era mucho más respetuoso con ellas y se enjabonaba bien antes de acudir a su encuentro. Las finales de fútbol ya no terminaban en un aquelarre gane o pierda el club, aunque MacDonald's llevaba tiempo extinguido, sino que la gente organizaba coros musicales o establecía torneos florales para glosar las hazañas de tal o

cual jugador. Algunos equipos dejaron de celebrar el gol al estilo clásico de una melé abrazada al delantero, pasando a representar deliciosos minuetos cogidos de la mano, y mostrando una perfecta sincronía en el demi-coupé.

A esas alturas, todos, incluida Rahola, alababan la extraordinaria medida del alcalde que, en definitiva, lo que había conseguido es que la gente amara más la vida y, de rebote, saliera más de casa, lo que se traducía finalmente en mayor consumo, más locales, un aumento en las licencias de apertura y el incremento de los ingresos municipales. Muchas metrópolis, dentro y fuera de la península, imitaron esa arriesgada y astuta política, aunque con resultados desiguales, como en el caso de Nápoles, que fracasó en ese punto en el que el ciudadano comprendía los valores espirituales que aporta la cultura, pasando directamente al robo de arte sacro. Tampoco les fue muy bien a los habitantes de Berlín. Como en esa ciudad todo es vanguardia radical, el arte se desvirtuó tanto que hasta los atracadores se libraban diciendo que aquello no era un robo, sino una performance anticapitalista. Sin embargo, pronto comprendería el alcalde que jugar a ser Dios es extremadamente peligroso, como bien sabían en otras ciudades. Sin ir más lejos, París, a raíz de un proyecto experimental implementado años atrás, y que pretendía manipular genéticamente el comportamiento de los perros para que no ensuciaran tanto la ciudad. La idea, que en su fase inicial se demostró un éxito, modificaba el comportamiento de los canes inhibiendo su mecanismo defecatorio sobre las aceras parisinas. La sofisticación del sistema iba ligada al modelo concreto de baldosas que hay en esa ciudad y que bloqueaba los esfínteres del animal mientras permaneciera sobre ellas. Como ya imaginaban la nula participación de los dueños, se dedicaron a verter durante varias semanas, en la red general de agua, un virus inocuo que vehiculaba la carga genética. Así, al poco tiempo comprobaron entusiasmados cómo iban

desapareciendo las desagradables plastas de esos animales que, lógicamente, no tenían la menor culpa ante unos propietarios que disimulaban descaradamente para no recogerla. Ahora los perros sólo hallaban consuelo junto a los árboles. Claro, el problema surgió cuando los habitantes de zonas urbanas más duras, sin apenas arbolado, se desesperaban paseando durante horas sin que el animal se dignara a deponer una triste boñiga, que sí soltaba en cuanto ponían el pie en el rellano de casa o, peor aún, sobre la alfombra persa del salón, que además con el estrés de no poder cagar salía con textura de paté, un producto muy apreciado en el país galo. Viendo el problema y la cantidad de quejas que se estaban produciendo justo en la demarcación con más votantes, los bioingenieros realizaron una modificación para subsanar aquel pequeño fallo, sacando la versión Cacoout 1.2. Ahora, cuando la densidad de árboles fuera más de cuatro puntos inferior a la media, el animal recibiría un "input" que le permitiría giñar o mear en la embocadura de las rejillas de alcantarilla, situadas justo en la esquina del bordillo con la calzada, de manera que los peatones siguieran libres de "sorpresas". Era un mal menor, pero que parecía una buena solución. Otra vez soltaron virus a mansalva para recombinar los genes y a esperar. Un mes después las aceras y las casas de esos barrios estaban absolutamente limpias, aunque por un motivo distinto al imaginado. La mayoría de los perros habían sido atropellados al acercarse demasiado a la calzada, entre ellos el precioso doberman del concejal Martino, que casualmente proveía los fondos de ese delirante plan. El principal responsable fue enviado a la estación que Francia mantiene en el Ártico para estudiar al mejillón calipo. No obstante, el proyecto todavía iba a deparar alguna otra sorpresa. Los perros que sobrevivieron añadieron a sus pautas de comportamiento otras de índole sexual. Se sucedían los casos de dueñas y dueños violados por sus mascotas, que al no poder ingresar en prisión estuvieron a punto de ser sacrificadas. Afortunadamente se

produjo un importante mercado de intercambio, y al final cada dueño se quedó con el tipo de perro que más le iba. Con el tiempo, los numerosos contratiempos, dudas sobre futuras mutaciones y algún que otro susto, terminaron por arrinconar el programa, aunque de momento el espíritu del mismo aún se disfrutaba en las aceras de París, salvo las noches de plenilunio, en las que un sanguinario caniche se entretenía cometiendo horribles crímenes. La prensa le puso Can-Can el destripador.

Sólo resta indicar que la idea no murió en París. En cuanto el científico pudo regresar a casa, todavía con mucha fe en sus posibilidades, se presentó en el Ayuntamiento de Barcelona con un plan similar para las palomas, que ofrecía la variante de obligarlas a emigrar al desierto de los Monegros. El sistema era más sofisticado que la antigua propuesta de un flautista, pero como el consistorio no quería erradicar las tradicionales palomas, que tan bien quedaban en algunos parques y plazas, inicialmente probaron lo relativo al control de esfínteres, que se inhibiría sobre cemento y cualquier otro elemento artificial, relajándose al sobrevolar zonas rústicas, como el Tibidabo o Montjuic. También aquí hubo problemas. Mucha gente sigue creyendo que la gran nevada en marzo del 2010 fue un fenómeno atmosférico. En fin, lo preocupante es que ahora se avecinaba una tormenta aún más gorda.

Capítulo 2

Barcelona. Enero en abril. En aquella fría y ventosa mañana ningún turista lograba sacar una foto primaveral de su pareja frente a la Pedrera. Los rostros ateridos de frío surgían por doquier. Docenas de turistas desprevenidos, con los dedos al aire en sus chanclas floreadas, desafiaban la brisa invernal a un paso de la congelación. Salvo un par de robustos ucranianos, de esos que se repantingan a veinte bajo cero con su caja de cervezas al lado, el resto se esforzaba inútilmente por mantener la dignidad bajo una avícola epidermis. Ciertamente, soportar una cola a los cuatro vientos constituía en aquel momento la tontería del día, aunque un extraño imán les mantuviera ordenadamente en esa absurda fila. Las colas son a veces el enigma de la Atlántida. Cristo Montado era uno de ellos, aunque su motivo para aguantar aquella situación tuviera más que ver con el bolso de una alemana que tenía delante, y que su experimentado olfato intuía repleto de tesoros. El problema es que con el frío, el marido y ella no paraban de moverse y ni siquiera él, con la pericia que le había colocado a un paso de la anónima leyenda, se veía capaz de realizar la "cuchara", como llamaba a la rápida maniobra de "apertura y extracción" para birlar la cartera. Sólo él conocía su propia jerga, pero cuando chateaba con neófitos quedaba muy profesional. En realidad Montado era más vicioso que ladrón. No podía considerarse que los robos fueran su medio de vida, ya que su trabajo como concejal de cultura en el Ayuntamiento le daba para vivir holgadamente, pero la sensación de usurpar bienes ajenos de manera tan íntima le proporcionaba un subidón inigualable, ni siquiera alcanzado cuando se coló, disfrazado de monja sexy, en una mezquita de los Emiratos. A propósito de su trabajo, fue él quien se encargó de urdir la desmadejada idea del alcalde, creando una política tan vanguardista como brillante. La

prueba es que no paraban de solicitar su asesoramiento en multitud de ciudades. Quizás debió supervisar más de cerca lo de Nápoles, se lamentaba. El caso es que todo eso, su espléndido currículum y el prometedor futuro profesional, se irían a tomar viento si sus dedos no ejecutaban milimétricamente la "cuchara". Un titubeo, un imprevisto, cualquiera de las docenas de variables que rodean un acto tan preciso como es la sustracción de un monedero, podían dar al traste con su vida, y eso le ponía a cien. En esos momentos, a punto de lanzarse sobre su presa, Cristo descendía vertiginosamente por la torrentera de su pueblo favorito, Adrenalina del Monte. De repente la brisa helada se detuvo, disminuyendo también la sensación térmica de frío. La alemana se quedó quieta unos instantes y, sin pensarlo más, Cristo ejecutó su maniobra con una pulcritud y elegancia que colocaban más arte ahí fuera que dentro del edificio.

El alcalde Rías llevaba rato aguardando estoicamente que el conductor de un autocar, cargado de estudiantes coreanos, consiguiera avanzar hasta el final de esa travesía. El muy burro se había metido sin apenas mirar en una calle que él en persona, con su bonita firma, había autorizado para la ampliación del carril bici, lo que sumado a las dos filas de aparcamiento dejaba una única y justita vía para la circulación de vehículos. Así que cuando el enorme autocar de dos plantas se aventuró por la calle Provenza, a la altura de Bruc, el tipo tuvo que maniobrar hábilmente para no alegrarle el día a los chapistas, aunque se detuvo metros antes del final porque uno de los coches aparcados, en un alarde de precisión, sobresalía medio metro. Ahí se había formado el atasco, con ellos en segundo lugar y cuatro taxis por detrás taponando. El chofer del alcalde era un tipo muy tranquilo, inmune a las indirectas. Ni siquiera bajó del coche. Tuvo que ser el propio edil, más un par de porteros aburridos, quienes ayudaran al conductor del autocar a recolocar el culo del auto mal aparcado. Todo ese retraso

propició que el vehículo oficial se detuviera oportunamente en el semáforo de la Pedrera.

Justo en el preciso instante en el que Montado realizaba su faena, el alcalde bajaba la ventanilla para saludarle. Al ver a su concejal de cultura con la mano explícitamente metida en el bolso teutón, el rostro del político se petrificó, su brazo bamboleando como el del famoso gato. Tan quieto se quedó, mirando por la ventanilla medio bajada, que el chofer no supo qué hacer al ponerse el disco en verde.

El cerebro de Rías todavía intentaba asimilar lo que acaba de ver, cuando se sorprendió bajando del automóvil y avanzando con paso decidido hacia Montado.

—Alcalde! —se sorprendió el concejal al descubrirle junto a él, disimulando con su mejor sonrisa ante esa cara de perro.

—¿Se puede saber a que juegas, Cristo? —le reprendió sin más preámbulo—. Acabo de presenciar tu fechoría y aún no me lo creo. Dame ahora mismo la cartera que acabas de birlarle a esta señora.

—¿Qué dice? No sé de qué me habla.

—Te he visto.

Tras un breve y tenso silencio en el que ambos se aguantaron la mirada, Montado comprendió que esa negación no tenía ningún futuro.

—De acuerdo, lo admito. Pero lo que me pide armará un escándalo de mil demonios.

—Tú dame la cartera —insistió él—. Se la pasaré a uno de los agentes que están cerca y ellos se la entregarán diciendo que acaban de encontrarla.

—De acuerdo —aceptó el concejal.

El complicador de historias hizo acto de presencia en el preciso instante que Montado le entregaba la cartera al alcalde. Un agente de refuerzo, recién llegado de Soria, se fijó entonces en la maniobra de ambos, viendo cómo el edil se separaba de la cola con un monedero de viaje rosa que no pegaba con su estilo. Era evidente que se trataba de la clásica maniobra del carterista y su receptor. Rápidamente se acercó hasta Rías, agarrándole fuertemente del brazo.

—¿Qué hace? —se sobresaltó el alcalde.

—¿Qué haces tú, tío listo? Me vas a explicar ahora mismo el trabajito con tu colega.

—Me parece que no sabe usted quién soy.

—Un chorizo trajeado, igual que tu colega. Ahora mismo os venís conmigo a comisaría —dijo mientras se acercaba hasta el concejal, quien todavía no podía creer lo que se había torcido la mañana.

La escena fue subiendo de tono, sobre todo a partir del momento en el que el agente puso al corriente a los turistas. El alemán montó en cólera tan rápido que ni Cristo vio venir el bofetón que le atizó. El resto del día su mejilla fue zona catastrófica. Poco después apareció un furgón policial que andaba recolectando rateros por la zona y metieron en él a los políticos. Al conductor le pareció que disfrazarse de alcalde para robar era lo más original que había visto nunca, aunque realmente el tipo se había puesto muy cansino en su papel.

—Creo que tiene un brote psicótico, porque su insistencia en que es el alcalde roza lo demente —comentó al dejarles en comisaría.

—¿Les habéis pedido la documentación? —preguntó el capitán.

—Les han pillado con las manos en la masa, jefe. De todas formas no llevaban cartera. Más claro, agua.

Martínez no realizaba ese comentario por nada. Había coincidido con el alcalde en algún acto oficial y, si bien el individuo que tenía enfrente parecía algo más pendenchero, verle ahí esposado, con esa cara de digno cabreo, le hizo dudar si no estaría asistiendo a la cagada del año. Efectivamente, de inmediato hizo su entrada el chófer, al que retrasó un copioso almuerzo, aportando la identificación que el edil se había dejado en el coche, dentro del maletín. En ese momento entraban también los turistas para formalizar la denuncia. La gente no les creía cuando explicaban, ya en casa y entre risas, que en Barcelona les habían atracado ¡el propio alcalde y su concejal de cultura! Era lo mejor que les había pasado nunca. El sueño dorado de cualquier turista: participar en una anécdota tan popular. En el ayuntamiento siempre lo negaron. De hecho, no constaba ninguna denuncia, lo que restaba fuelle a la historia que los alemanes contaban. Rebobinemos.

—Ya está resuelto, señor alcalde, el alemán ha retirado la denuncia.

—Muy bien, Martínez. Me gustaría hablar personalmente con él para agradecérselo.

—No va a ser posible, señor.

—Y eso?

—Bueno, le están atendiendo en enfermería por unas pequeñas lesiones.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó el alcalde.